

LA POLÍTICA EUROPEA DE TRUMP Y LAS RELACIONES TRANSATLÁNTICAS

El 25 de mayo de 2017 en un discurso lanzado a raíz de la Cumbre de la OTAN que se celebraba en Bruselas el recién elegido presidente Trump afirmaba que “he sido muy muy directo con el secretario Stoltenberg y los miembros de la alianza al decir que los miembros de la OTAN deben finalmente aportar su justa parte y afrontar sus obligaciones financieras, 23 de los 28 Estados miembros todavía no están pagando lo que deberían y lo que se supone que deberían pagar por su defensa”.

Estos reproches, que no son nada nuevos en un escenario usual de la relación transatlántica y vienen de lejos fueron contestados por algunos líderes europeos. De tal forma la canciller alemana Angela Merkel sostuvo que “la época en la que podíamos confiar en Estados Unidos se acabó” en tanto que el presidente francés Emmanuel Macron afirmaba que “Europa ya no puede entregar su seguridad a Estados Unidos”.

¿Qué nos dicen estas declaraciones sobre el estado actual de una relación clave en el mantenimiento de la seguridad y estabilidad del sistema internacional durante las últimas siete décadas?

La presente propuesta pretende responder a tres preguntas concretas:

1-Desentrañar cuales son las líneas principales de la política exterior de la Administración Trump hacia el continente europeo, entendido en un sentido amplio que abarque tanto la Unión Europea y sus Estados miembros como la propia OTAN.

2-Analizar la posible existencia de una estrategia regional estadounidense de cara al continente europeo.

3-Analizar los puntos de continuidad y ruptura entre la política exterior de la Administración Obama y la Administración Trump y sus repercusiones para el estado actual de la relación transatlántica.

Para ello la misma se dividirá en dos partes. La primera analizará algunos puntos clave de la política europea de Obama y los planteamientos electorales del candidato Donald Trump. La segunda se centrará en el desarrollo práctico de su política exterior hacia Europa en sus diferentes ámbitos. Finalmente, se plantearán las conclusiones y se tratará de contestar las cuestiones planteadas en esta introducción.

1.LA POLÍTICA EUROPEA DE OBAMA

La llegada al poder del presidente Obama fue saludada con cierto entusiasmo por buena parte de los líderes europeos y de la opinión pública de sus respectivos Estados. Después de las importantes diferencias planteadas entre algunos aliados europeos y la potencia norteamericana como consecuencia de la Guerra de Irak de 2003, una nueva era de relación transatlántica pareció llegar al fin. Esta nueva sintonía fue puesta de manifiesto de manera destacada en las primeras visitas del presidente estadounidense a Europa.

En su primer discurso en Praga de 2009, el presidente estadounidense hizo causa a favor de la desnuclearización. Después de la concesión de un prematuro premio nobel en 2009, defendió el concepto de la Guerra Justa. En las diferentes reuniones del G-20 se intentó, desde una óptica multilateral, combatir la crisis financiera que había estallado con la caída de Lehman Brothers, siguiendo la estela de la Administración Bush (Obama, 2009).

Sin embargo, los líderes europeos pronto descubrieron que las principales prioridades de la nueva Administración quedaban lejos del continente europeo. Cuando el presidente estadounidense decidió no acudir a la Cumbre de relaciones transatlánticas de Madrid de 2009 con los nuevos líderes de la Unión Europea tras la entrada en vigor del Tratado de Lisboa, esta decisión causó un cierto asombro, pero había señales previas que anunciaban este cambio de posición.

De hecho, la experiencia vital de Obama quedaba lejos del continente europeo, centrada en su infancia en Asia-Pacífico, como el mismo había reiterado. Cuando visitó Japón en 2009, se proclamó “el primer presidente del Pacífico”. En su discurso electoral, únicamente se refirió de manera puntual a tres aliados europeos: Francia, Reino Unido y Alemania. La Unión Europea quedaba relegada a un rol sectorial relativa a la lucha contra el cambio climático o la crisis financiera (Obama 2009).

Si la Cumbre de 2009 fue recuperada tras la organizada anualmente por la OTAN en Lisboa, donde el presidente estadounidense si asistió, la dedicación de dos horas por contraposición con la extensa gira asiática inmediatamente anterior generaba ciertos recelos.

En su Estrategia de Seguridad Nacional de 2010, a pesar de que definió la relación de Estados Unidos con Europa como “la piedra angular de la relación de Estados Unidos

con el mundo y un catalizador para su acción internacional”, la prioridad otorgada a los problemas de seguridad de Asia-Pacífico quedaba patente.

De hecho, su principal aportación en este aspecto durante su primer mandato sería el relativamente ambicioso “Giro”, “Pivote” o *Rebalance* hacia esta región del globo. Esta decisión se había tomado por buenas razones dada la emergencia de una cada vez más asertiva China y los crecientes conflictos territoriales que sostenía con sus vecinos, parte de ellos aliados estadounidenses.

Esta estrategia del Giro, apoyada por la secretaria de Estado, Hillary Clinton y su adjunto para Asia-Pacífico, Kurt Campbell, quedaba patente en un famoso discurso de Clinton, donde desgranaba las razones para incrementar la presencia estadounidense en esta región del planeta, que ostentaba un rol estratégico cada vez mayor (Clinton, 2011).

Clinton y Campbell no estaban solos, los jóvenes asesores del presidente Obama, denominados como *The Obamians* por el periodista James Mann, estaba convencidos de que las potencias emergentes eran potencias ya emergidas y formaban parte como actores influyentes del sistema internacional actual. La situación de crisis de los países desarrollados, en especial de los aliados europeos, parecían reforzar esa visión que coincidía con las propias convicciones del presidente estadounidense (Mann, 2010).

En los propios círculos académicos y políticos estadounidenses, la creciente importancia de la región de Asia-Pacífico se veía como un hecho, en especial por los intelectuales de corte realista dados los intereses de seguridad y estratégicos en juego, en tanto que el continente europeo era percibido como una región en paz, que no generaba problemas convertida en el símbolo del éxito de políticas pasadas que ahora debían trasladarse a esta región

Los inicios de la relación transatlántica, por tanto, no fueron fáciles para los líderes europeos que veían como su tradicional aliado prefería focalizarse en una región lejana a sus prioridades más inmediatas. Sin embargo, los acontecimientos que se producirían en el marco del sistema internacional modificarían esta visión original haciendo que la alianza con los Estados europeos recuperase un cierto protagonismo más allá de escenarios concretos como la Guerra de Afganistán.

Con el estallido de la Primavera Árabe, las prioridades estratégicas de la Administración dieron un importante giro. La necesidad de prestar atención a una región en la que se

había intentado reducir la presencia estadounidense, obligó de nuevo a prestar una mayor atención a los aliados europeos, cuya tradición de presencia en la misma era bastante mayor.

Esto es algo que quedó bastante patente con la intervención en Libia, cuya iniciativa vino tanto del Reino Unido como de Francia. La carta remitida al presidente Obama por David Cameron y Nicolás Sarkozy hacía hincapié en los esfuerzos realizados por sus aliados en Afganistán y pedían la ayuda estadounidense en ese momento. Aunque la intervención militar se produjo de una forma relativamente exitosa en lo que al cambio de régimen se refería, las carencias europeas en materia de defensa, que debieron ser suplidas por los estadounidenses pese a las intenciones del presidente Obama de involucrarse de manera limitada en dicho conflicto, fueron denunciadas en su discurso de despedida de la OTAN por el secretario de Defensa, Robert Gates (Gates, 2011). Después de la misma ni europeos ni estadounidenses quisieron involucrarse en otro complejo proceso de construcción del Estado, dejando el país en una situación de enorme inestabilidad que tendría repercusiones de relevancia en años posteriores.

La Primavera Árabe y sus desafíos acercaron a Estados Unidos y sus aliados europeos. En este contexto el presidente Obama puso en valor incluso la devaluada “relación especial” que la potencia estadounidense tenía tradicionalmente con el Reino Unido. La problemática ucraniana solo iba a acentuar esta tendencia.

Cuando en el año 2014, el presidente Yanukovich se enfrentó a la problemática de optar por dos proyectos de integración regional incompatibles, el de la Unión Euroasiática promovida por el presidente ruso, Vladimir Putin, o por un acuerdo de asociación con la Unión Europea. Las costuras internas de la sociedad ucraniana estallaron de nuevo y se organizó un movimiento conocido como Euromaidán, que presionó en favor del segundo y que sería apoyado política y diplomáticamente tanto por la Unión Europea como por Estados Unidos. Con la caída del presidente Yanukovich, la anexión de Crimea por Rusia primero y los conflictos que estallaron en Donetsk y Lugansk después, obligaron a prestar una creciente atención y ambas entidades, para oponerse a la política rusa acabaron desarrollando una política de sanciones que afectaría a la economía rusa pero que no logró alterar su comportamiento. Esta crisis obligaría a Estados Unidos, a la OTAN, así como a la Unión Europea, a prestar una creciente atención a las fronteras orientales de los Estados situados al este de la Unión y tuvo el efecto no deseado de acercar las posiciones de Rusia y China. Ello a pesar de que el

interés estratégico en Ucrania, como el propio presidente Obama reconoció, era bastante limitado (Morales, 2015: 28-34; Goldberg, 2016).

El ascenso del Estado Islámico a partir de 2014 obligó a los aliados del espacio atlántico a actuar de manera conjunta para acabar con la nueva amenaza. Esta estrategia se desarrollaría en la Cumbre de la OTAN en Cardiff en 2014 donde, además, se intentó dar cauce a las demandas estadounidenses de que los aliados europeos gastasen más en su propia defensa, con el concepto del 2 % como cifra a la que aproximarse para el año 2024.

En el ámbito comercial, Estados Unidos tuvo la iniciativa de negociar un acuerdo de libre comercio con los Estados miembros de la Unión Europea, el que sería conocido como TTIP. A pesar de la oposición que dichos acuerdos han tendido a generar entre la opinión pública y las élites políticas estadounidenses, este fue más controvertido en los Estados europeos que en la potencia norteamericana. El presidente estadounidense también criticó la decisión británica de salir de la Unión Europea, llegando incluso a demorar el planteamiento de cualquier nuevo acuerdo de libre comercio.

En definitiva, a pesar de las intenciones originales de la Administración Estadounidense, Estados Unidos tuvo que seguir prestando una atención importante a escenarios clásicos de su política exterior como el continente europeo o el Próximo Oriente, haciendo que su estrategia de Giro tuviese resultados limitados. El cambio de decisores con la entrada de Kerry y Rice, más experimentado en estas regiones y no en Asia y la salida de los arquitectos del Giro también debió ser tenida en cuenta y los propios líderes asiáticos se quejaron de la escasa atención prestada a la región, pese a iniciativas como el TPP y aunque en la Estrategia de Seguridad Nacional de 2010 se les mencionase antes que a los europeos.

Entre tanto las elecciones presidenciales y la campaña de primarias parecía indicar que la relación con los tradicionales aliados por parte de Estados Unidos no sería fácil. Entre los candidatos, uno de ellos iba adquiriendo un protagonismo cada vez mayor: Donald Trump. ¿Qué proponía en diferentes ámbitos que pudiesen afectar a los aliados europeos?

Trump se había mostrado como un candidato bastante heterodoxo, con propuestas poco coincidentes, tanto con las preferencias de los aliados europeos, como con el establishment de la política exterior de Washington. Sin embargo, se minusvaloró de

manera importante el instinto político que tuvo y la identificación de algunos de sus planteamientos con los de importantes sectores de la población, que se consideraban perjudicados por la globalización y las decisiones tomadas en esta materia.

Entre los pocos puntos tratados en materia de política exterior durante la campaña, cabe destacar el de la lucha contra el Estado Islámico, las declaraciones positivas sobre Putin o las críticas a México y, especialmente a China por “manipuladora de la moneda”. De cara a los intereses de los aliados europeos, cabe destacar sus afirmaciones sobre la cuestión de los acuerdos de libre comercio, que el candidato presidencial criticó, prometiendo renegociar el NAFTA y retirarse del TPP. En el ámbito de la seguridad criticó a los aliados, no solo a los europeos, por depender de Estados Unidos en la materia y no gastar lo suficiente, llegando a reclamar que pagasen a Estados Unidos por defender su seguridad (Trump, 2016).

La victoria frente a Hillary Clinton en las elecciones de noviembre de 2016, plantearon la necesidad de ver como lidiar con un líder que consideraban heterodoxo e imprevisible. ¿Qué efectos tendría este planteamiento respecto de la relación transatlántica?

LA RELACIÓN TRANSATLÁNTICA EN LA ERA TRUMP

La llegada al poder de Donald Trump implicó una serie de cambios, pero también de ciertas continuidades respecto de la Administración anterior. De tal forma, el presidente Trump suavizó su postura en algunos aspectos de la relación con sus aliados europeos. De tal forma, en materia de seguridad, después de haber afirmado en campaña que la OTAN es una organización “obsoleta”, después de una visita del Secretario General de la misma, Jens Stoltenberg, el presidente Trump se desdijo de estas afirmaciones (Stoltenberg y Trump, 2017).

En el caso del gasto en defensa de los Estados miembros de la misma, seguiría presionando de forma contundente, algo que fue perfectamente visible en las Cumbres de la OTAN de 2017 y 2018 (Trump, 2017; Trump, 2018). Esto no supone, tal y como vimos, ninguna ruptura en materia de contenido con su predecesor, que había oficializado el porcentaje del 2 % de gasto en la Cumbre de Cardiff, pero lo suponía en materia de formas, tal y como pudo observarse en la primera visita de la canciller, Angela Merkel, a Washington.

Esto contribuyó a generar una relación tirante con los líderes de algunos Estados europeos, como Alemania, que empezaron a hablar de “autonomía estratégica” y de dar un impulso a la política de seguridad común o PESCO, impulsando la inversión en defensa en el marco de la Unión Europea e incluso fuera de ella, como sucedía con el planteamiento de la fuerza de reacción rápida realizada por el presidente francés, Emanuel Macron. Algunos aspectos como la financiación de los proyectos europeos en materia de defensa, también generaron ciertas tensiones por la intención de la Comisión de financiar únicamente aquellos encabezados por empresas europeas, lo que generó protestas diplomáticas por parte de Washington.

Con todo, si bien en el ámbito de la seguridad pueden observarse ciertas continuidades, donde la ruptura ha sido mayor ha sido en el caso de la política comercial. Este es, paradójicamente, uno de los puntos que siempre había unido en el ámbito de la relación transatlántica a ambas entidades. De hecho, tal y como vimos, el TTIP fue una de las grandes propuestas de la Administración Obama en relación con la Unión Europea.

Sin embargo, después del abandono del acuerdo Transpacífico por parte de la Administración y a pesar de la naturaleza menos controvertida en Estados Unidos del TTIP, las negociaciones fueron congeladas y no parecen haberse dado pasos más sustanciales en ese sentido por parte de ambas partes. La posición de la Administración Trump se explica en la consideración por sectores de la opinión pública estadounidense y por el propio presidente, guiado por el objetivo de reducir el déficit comercial, los Estados miembros de la Unión Europea, al igual que otros aliados y adversarios, fueron objeto de imposición de aranceles sobre el aluminio y el acero.

La respuesta inicial de la Comisión Europea fue la de realizar un listado de productos estadounidenses que pudiesen ser objeto de nuevos aranceles por parte de la Unión Europea en tanto se les aplicase las citadas medidas. La visita a Washington del presidente de la Comisión Europea, Jean Claude Juncker en agosto de 2018 retrasó dicha amenaza y permitió establecer un tiempo de negociaciones e incluso se llegó a plantear por parte de Washington la posibilidad de firmar un acuerdo de libre comercio que, sin embargo, no parece haber tenido mayor recorrido. En cualquier caso, la situación se mantiene pendiente de resolución y existe todavía una cierta incertidumbre sobre la evolución del contencioso comercial.

Otro punto en el que la divergencia de posiciones se ha visto de una manera relativamente patente, es el de la actitud a seguir ante la OMC, pendiente de la renovación de los miembros de su órgano de solución de diferencias por decisión estadounidense, descontenta con el funcionamiento de la misma y la posición ventajosa de China. En este ámbito los europeos han propuesto una reforma de dicha organización cuyo alcance y éxito también está pendiente de acontecimientos.

No puede evitarse tampoco la referencia a los contenciosos comerciales entre Estados Unidos y China, cuyos efectos también se hacen notar en el caso europeo. Un ejemplo de ello es el referido a la cuestión tecnológica y las críticas estadounidenses por el rol de la compañía china Huawei en el establecimiento de las redes 5-G en diversos Estados europeos, amenazando con cortar la cooperación en materia de inteligencia y resaltando los riesgos para la seguridad que supondría que dicha empresa, de la que se tienen ciertas sospechas de su relación con el gobierno chino, pudiese acceder a datos sensibles de los propios ciudadanos europeos.

Esto se produce, paradójicamente, en un contexto de creciente preocupación europea por las inversiones chinas en diferentes países de Europa y la falta de control sobre las mismas. De hecho, la Comisión Europea ya definió a China como un rival sistémico e incluso la OTAN ha empezado a tratar ya la creciente presencia de China en Europa como un aspecto a estudiar. No obstante, el rol de esta relación trilateral entre estos focos de poder presenta grandes incertidumbres que deberán ser despejadas en el marco de los próximos años.

El ámbito del medio ambiente es otro de los grandes puntos de discrepancia entre Estados Unidos y la Unión Europea. El presidente Trump, tal y como había prometido, hizo retirar a Estados Unidos del Acuerdo de París sobre cambio climático, justificándose en la diferencia de obligaciones respecto de Estados como China y en el daño que este ocasionaría a la economía estadounidense. Los aliados europeos, en cambio, defendieron su mantenimiento y continuaron aplicándolo.

El ámbito de las relaciones políticas o diplomáticas con otros Estados también tiene un cierto interés en el análisis a realizar.¹

¹ Sobre las rupturas y continuidades en la política exterior de la Administración véase (Tovar, 2018: 259-283)

Uno de los aspectos de más relevancia en este ámbito es el de las relaciones con Rusia, dada la inquietud demostrada por la supuesta injerencia rusa en las elecciones presidenciales estadounidenses y los elogios del presidente Trump al presidente ruso, Vladimir Putin. Con todo, en la práctica la política estadounidense ha seguido un camino de clara continuidad respaldando a los Estados de Europa oriental, incrementando la presencia militar estadounidense y de la OTAN y prosiguiendo con el camino de las sanciones. También en el reproche al apoyo alemán al gaseoducto North Stream 2, que evitaba el paso por Estados con los que Rusia tiene contenciosos en su camino a Alemania y consideraban fortalecería el rol ruso como proveedor energético.

En materia antiterrorista, como el caso de la lucha contra el Estado Islámico, las líneas han tenido una continuidad importante y la propia Administración Trump ha mantenido con muy pocos cambios la política heredada de la Administración Obama y el apoyo europeo. Esto es algo que también ha sucedido en el caso de Afganistán o en los ataques puntuales contra el régimen sirio, donde la Administración Trump, no solo tuvo el apoyo diplomático de los Estados europeos, sino que Estados como Francia y Reino Unido también participaron en los propios ataques.

El caso de Irán ha sido mucho más controvertido. Los aliados europeos intentaron evitar que la potencia norteamericana se retirase del acuerdo nuclear con Irán, parte los cuales intervino incluso en las negociaciones. Mostrando su desacuerdo con la decisión final estadounidense que supondría las sanciones para aquellas empresas europeas que quisiesen invertir en Irán e intentaron establecer un mecanismo paralelo para evitarlo que, hasta el momento parece haber tenido un resultado limitado. Este sería uno de los principales contenciosos diplomáticos que tendrían en el ámbito político y tiene un futuro incierto dada la reciente actitud tanto estadounidense como iraní, que parece haber puesto a ambos Estados al borde de un conflicto.

En el caso de Cuba, cuya apertura también iniciaría la Administración predecesora, tras la aplicación del Anexo III de la Ley Helms Burton, con la intención declarada de modificar el comportamiento cubano en la crisis venezolana y con incidencia también en diversas empresas europeas que han invertido en la isla. Nuevamente la Unión Europea se comprometería a responde y adoptar un comportamiento basado en criterios de reciprocidad.

En el caso de Venezuela, sin embargo, las diferencias han sido más bien de matiz. Ambas entidades se han mostrado favorables a la salida del presidente venezolano, Nicolás Maduro, y la puesta en marcha de una transición hacia la democracia. Sin embargo, en el caso estadounidense la política a seguir, alineada diplomáticamente con el llamado Grupo de Lima pasó por las sanciones, llegándose a coquetear verbalmente con una posible intervención militar, que el presidente Trump rechazó. La Unión Europea y sus Estados miembros, que también reconocieron al líder opositor Juan Guaidó optaron, en cambio, por una salida dialogada si bien apoyó una política muy limitada de posibles sanciones a pesar de las presiones estadounidenses.

El asunto del Brexit es otro aspecto de interés donde la posición del presidente Trump ha sido antitética con la de las instituciones europeas, por su alineamiento con los partidarios de la salida británica e, incluso, con las posibilidades de llegar a un acuerdo comercial ambicioso con Reino Unido.

No se puede dejar de destacar, por otra parte, la compleja relación personal que el presidente estadounidense sostiene con algunos de los principales líderes europeos, en especial con el presidente francés Emmanuel Macron y la canciller alemana, Angela Merkel. En el primer caso, esta relación atravesó por diferentes altibajos que pasaron por la relación estrecha y de confianza cuando el presidente Trump fue invitado al desfile por la conmemoración de la Toma de la Bastilla del 14 de julio a las diferentes disputas que protagonizarían en ámbitos como el de la lucha contra el cambio climático, el proteccionismo o la autonomía estratégica europea.

En el caso de Merkel y pese a los intentos iniciales de aumentar la sintonía por parte de la líder alemana, la falta de sintonía fue evidente desde un principio, aunque esto no ha obstado para la cooperación puntual en asuntos de interés mutuo o en el alineamiento conjunto en diferentes asuntos clave pese a las numerosas áreas de desacuerdo como la política comercial, ambiental o de defensa.

Es también factible hablar de diferencias en relación a valores e ideales como la defensa de la democracia liberal o de los derechos humanos, que no han sido considerados una prioridad por parte de la Administración y únicamente utilizados en algunos supuestos como el de Venezuela. Sin embargo, esta división es algo que también afecta a los propios Estados europeos como puede ser observado por las diferencias existentes entre

Francia y Alemania, por un lado, e Italia, Polonia, Hungría o Austria antes de la caída de su gobierno, por el otro.

A la vista de todo lo anterior, ¿En qué punto se mantiene actualmente la relación transatlántica?

CONCLUSIONES: EL FUTURO DE LA RELACIÓN TRANSATLÁNTICA.

En relación a las preguntas planteadas en el trabajo cabe plantearse en primer lugar cuales han sido las principales líneas de la política exterior de Trump hacia los aliados europeos. Estas han sido básicamente dos, la del comercio y la seguridad, dejando la cuestión de los valores e ideales que tradicionalmente han vertebrado la relación transatlántica en un segundo plano. En el ámbito comercial, el objetivo principal de Trump, expresado verbalmente por él mismo como “una cuestión vital” es acabar con el déficit comercial que tiene la potencia estadounidense en su comercio con otros Estados y organizaciones internacionales como la Unión Europea sin distinguir entre aliados y adversarios. Las acusaciones de aprovecharse de Estados Unidos han ido por igual frente a adversarios como China y aliados como los europeos y, en particular, Alemania.

En el caso de la seguridad y defensa la línea seguida ha sido, con diferentes formas, las que marcaba la Administración anterior, así como sus predecesores. Las reiteradas quejas de los presidentes estadounidenses sobre el insuficiente gasto en defensa de sus aliados vienen de lejos, tienen apoyos entre la opinión pública estadounidense y las élites políticas de Washington y no carecen de fundamento. De hecho, la regla del 2 % aprobada en Cardiff, venía dirigida en estos aspectos. Algunos líderes europeos reaccionaron defendiendo una supuesta autonomía estratégica para la que existe una escasa voluntad política, una mayor coordinación militar entre los Estados miembros y la creación de un fondo de inversión en defensa.

Estos esfuerzos, lejos de haber mejorado la relación, la deterioraron aún más por las percepciones estadounidenses de que se les estaba dejando de lado. En cualquier caso y, a la hora de la verdad, cuando fue necesario realizar operaciones militares, caso de Siria, los aliados europeos apoyaron e incluso participaron en las acciones militares correspondientes.

Estas dos líneas marcan los puntos de continuidad y ruptura en la relación. De hecho, si los aspectos comerciales han estado marcados claramente por la ruptura, en los que la

imposición de aranceles por parte de Estados Unidos contrasta con las intenciones de su predecesor de negociar un acuerdo de libre comercio, el conocido como TTIP, en el de seguridad las líneas de continuidad se han mantenido pese a las preocupaciones europeas marcadas, en ocasiones, por declaraciones exageradas de sus líderes.

Existen, no obstante, algunas discrepancias importantes en este campo como es el caso de la retirada del programa nuclear con Irán o el endurecimiento en las relaciones con Cuba, en las cuales los aliados europeos han optado por seguir su propia postura. Existen también discrepancias, aunque no de tanto calado en como resolver la crisis venezolana.

Es interesante también analizar las posibles discrepancias en materia de valores e ideales, sin embargo, en este caso es justo plantear que estas discrepancias no solo afectan a estadounidenses y europeos sino a los propios europeos entre sí. En cualquier caso es un punto interesante de diferencia con la Administración anterior con el matiz que el realismo pragmático de la misma, salvo en casos como Libia o Ucrania no la hizo seguir un rol excesivamente activista fuera del periodo de la Primavera Árabe pese a lo planteado por algunos críticos.

Finalmente, parece poco ajustado a la realidad plantear la posible existencia de una estrategia regional europea coherente, más allá de los planteamientos jacksonianos seguidos por Trump o de los objetivos claros en materia de seguridad y comercio. Este no es un punto de ruptura con la anterior Administración, que tampoco disponía de una, sino un importante punto de continuidad.

La relación transatlántica nunca ha estado exenta de dirigentes controvertidos, crisis recurrentes e importantes diferencias. Sin embargo, a la luz de lo recogido por parte de medios y analistas ¿Podemos determinar que esta última crisis es diferente a las anteriores?

La respuesta es que no. A pesar de las declaraciones pesimistas y la posible naturaleza estructural de los cambios en la política exterior estadounidense las discrepancias siempre han existido y continuarán jalonando la relación como se pudo ver como ejemplo claro con las importantes divisiones ocasionadas por la Guerra de Irak de 2003. Los líderes europeos no deberían tener tan claro que un nuevo presidente demócrata modificase todos los puntos de diferencia que mantienen con la potencia norteamericana; algunos aspectos clave como el gasto en defensa, la crítica a los

acuerdos de libre comercio o la actitud contundente frente a China, tienen muchos partidarios en el Partido Demócrata y en los sindicatos estadounidenses. La naturaleza de la política exterior estadounidense en los próximos años seguirá cambiando dado el creciente consenso de que algo no ha funcionado a lo largo de los últimos veinte años en la materia y en los graves errores cometidos por sus élites.

A pesar de todas las diferencias, europeos y estadounidenses siguen teniendo más aspectos que los unen a los que les separan, entre ellos, paradójicamente, la ideología populista y si bien mantienen sus discrepancias frente a los posicionamientos, las formas y las controversias del presidente Trump -y de sus propios populismos-, reconocen el desafío estratégico que supondría Rusia y, en mayor medida, la creciente presencia de China en Europa.

Urge revalorizar una relación, esencial para el mantenimiento de la seguridad y estabilidad en el continente, que no parece ser sustituible en la práctica por propuestas no realistas como la de la autonomía estratégica, siendo necesaria una cierta sensibilización respecto de los planteamientos realizados por la otra parte y sus razones. Contra lo que muchos analistas han planteado recientemente, la relación transatlántica tiene un recorrido largo, entre otras cosas, porque su sustitución simplemente no es posible.

Juan Tovar Ruiz es profesor contratado doctor interino de Relaciones Internacionales de la Universidad de Burgos.

Referencias

Casa Blanca. 2010. “National Security Strategy of the United States”, *Casa Blanca*, disponible en <http://nssarchive.us/NSSR/2010.pdf>

Clinton, Hillary. 2011. “America’s Pacific Century”, *Foreign Policy*, disponible en <https://foreignpolicy.com/2011/10/11/americas-pacific-century/>

Gates, Robert. “Remarks by Secretary Gates at the Security and Defense Agenda, Brussels, Belgium”, *Departamento de Defensa*, disponible en <https://archive.defense.gov/Transcripts/Transcript.aspx?TranscriptID=4839>

Mann, James. 2010. *The Obamians: The Struggle Inside the White House to Redefine American Power*. Nueva York: Penguin Books.

Morales, Javier. 2015. “Ucrania y Rusia: lecciones aprendidas, opciones de futuro”, *Política Exterior*, (164): 28-34.

Obama, Barack. 2009. “Remarks by President Barack Obama at Suntory Hall”, *Casa Blanca*, disponible en <https://obamawhitehouse.archives.gov/the-press-office/remarks-president-barack-obama-suntory-hall>

Tovar, Juan. 2018. “La doctrina Trump en política exterior: fundamentos, rupturas y continuidades”, *Cidob d’Afers Internacionals*, 120: 259-283.

Stoltenberg, Jens y Trump, Donald. 2017. “Joint Press Conference of President Trump and NATO General Secretary Stoltenberg”, *Casa Blanca*, disponible en <https://www.whitehouse.gov/briefings-statements/joint-press-conference-president-trump-nato-secretary-general-stoltenberg/>

Trump, Donald. 2016. “Transcript. Donald Trump’s Foreign policy Speech”, *The New York Times*, disponible en <https://www.nytimes.com/2016/04/28/us/politics/transcript-trump-foreign-policy.html>

Trump, Donald. 2017. “Remarks by President Trump at NATO Unveiling of the Article 5 and Berlin Walls Museum”, *Casa Blanca*, disponible en <https://www.whitehouse.gov/briefings-statements/remarks-president-trump-nato-unveiling-article-5-berlin-wall-memorials-brussels-belgium/>